Todos se han ido
poco a poco
uno por uno
en silencio
también mi calle se va
con todas sus casas
y sus jardines
y los ladridos de sus perros

Ya no escucho
la voz de mi abuela en mi oído
no siento la dulce caricia
de sus arrugas
en mi rostro

Ya no queda nada

Sólo tengo frente a mí
en este otoño frío
el inquietante ojo de la aguja

EL LOCO GENOVÉS

Para Julián Meza

El barco zarpó
rumbo a Las Indias
—eso dijiste—,
pero no estabas seguro.

ARMANDO PEREIRA

En realidad,
nunca estuviste seguro de nada:
ni del amor de tu mujer,
ni del origen de tus hijos,
tampoco de tu entusiasmo,
mucho menos de ti mismo.

Caminabas solo por las plazas
y bebías vino
y fornicabas borracho
con las hetairas de turno.

Te llamaban
el genovés loco
y lo aceptabas.
Tal vez por eso
te impusiste el viaje,
quizá para escapar a tu locura
o para acendrarla;
para huir de tu mujer
y de tus hijos;
para huir,
sobre todo,
de ti mismo.

Los vientos
eran propicios
cuando zarpaste,
también los augurios.
La tripulación
bebió contigo
un vino dulce y conciliatorio,

comieron arenques
y sardinas,
y por las noches cantaban
esas canciones tristes
que te recordaban un amor
que nada tenía que ver
con el amor de tu mujer
ni el de tus hijos.

Al amanecer,
después de varios meses de travesía,
comprendiste que ese viaje
no tendría fin,
que del otro lado del mar
no había nada,
que todo había sido,
—sencillamente—
un sueño,
el sueño alucinado y terco
de un loco genovés.

Y cerraste los ojos.

Nunca te atreviste
a revelarle a la tripulación
lo que habías divisado
a lo lejos,
en el horizonte,
en aquel amanecer insólito:

Detrás del encrespado oleaje,
en ese juego de luces

ARMANDO PEREIRA

que estallaba
entre el amarillo y el malva,
no había nada,
absolutamente nada,
sólo esa sonrisa amable,
al borde del océano,
que anunciaba el abismo.

TIRESIAS

Eras ciego,
pero lo conocías todo.
Sabías del frío y de la lluvia,
del trigo y del sol y del viento
y de las hojas que caen en otoño.
Sabías todo del amor,
tú, que nunca amaste a una mujer;
tampoco a un hombre.

Eras ciego
y desgarrado y flácido,
pero en ti habitaban
el hombre y la mujer
y todas sus caricias.
No necesitabas nada
ni a nadie,
te bastabas a ti mismo
y predecías el destino de los hombres.

¿Cómo te llegó la muerte?
Por cansancio, dices,